

LA PRIMERA NOVELA NEGRA COLECTIVA REDACTADA ON-LINE

Con la participación de Santiago Roncagliolo, Cristina Fallarás y Agustín Fernández Mallo y...

Voices

Bueno, en sentido estricto, no estaba saliendo de casa sola. La delegación de madres adultas, pero en la medida en que ninguna de esas madres era SU madre, la niña no las consideraba unas guardianas sino unas amiguitas más, en igualdad de condiciones a ella, y sujetas a las mismas normas de comportamiento, que incluían no pegar alaridos cuando apareciese en escena Zac Efron.

para

Así que, cuando se abrieron las puertas y el teatro comenzó a devorar a decenas de adolescentes y millares de espinillas, la niña sintió que se le franqueaba la entrada al paraíso de las hormonas pubescentes, aunque fuese incapaz de pronunciar, ni tan siquiera deletrear, esas palabras.

Su emoción era tan intensa que incluso sintió las lágrimas rodar por sus mejillas y caer sobre sus ojos con que su precavida madre, en un intento por enfatizar su inocencia de niña ante ese espectáculo de naturaleza abiertamente erótica, había adornado su vestido. Esas lágrimas rociaban de inocencia su despertar a la adultez. Esas gotas en su rostro probaban que ya no era una mocosa, que una nueva vida comenzaba para ella. No eran lágrimas de niña, sino de mujer.

un

Trató de secarse un poco los ojos para disimular su turbación. Pero para su sorpresa, estaban secos como el cutis de un cocodrilo. Ni sus párpados ni sus hermosas pestañas tenían rastros de líquido, ni siquiera de sudor. De su cuerpo no había salido, al menos en las últimas horas, nada parecido al agua. Entonces ¿dónde caían esas gotas?

blues

A lo mejor estaba lloviendo. Miró hacia la calle, pero nadie llevaba paraguas en la zona del teatro, ni en la Gran Vía. Los días, las gotas eran calientes. Ahora, algunas eran también sobre su abdomen y sus hombros. Al tacto, eran más cálidas y pesadas que la lluvia, parecían más como las gotas de chocolate a medio encharcar. La niña se miró los hombros y descubrió que tenía el vestido manchado de color chocolate. ¿Qué le había pasado exactamente?

negro

La niña nunca había escuchado esa palabra, ni nadie le había dado instrucciones para semejante eventualidad. Pero de manera instintiva se había defendido.

Gritó tan fuerte, tan larga y tan desesperadamente, que muchos chicos del público se asustaron. ¿Estaba Zac Efron?

—Yo creo que no vamos a avanzar más, colega.

Voces para un blues negro

V V. A A.

Rocaeditorial

Primera edición: junio de 2011

Textos de: ©Santiago Roncagliolo, ©José Manuel Lechado,
©José Manuel Lechado, ©Chus Díaz, ©Esther Zorrozuza,
©Agustín Fernández Mallo, ©Manuel Salvador Rus,
©Luis Magaña, ©Montse Augé, ©David Gambero,
©Cristina Fallarás, ©M^a del Carmen Moreno,
©Fernando Lorente, ©Miguel Ángel Rodrigo Jiménez,
©Gloria Galeano y ©Mauricio de la Fuente

Ilustraciones de: ©Pablo C. Revidiego, ©Siscu Romero,
©FX Escarmís, ©Sergio Muñoz, ©Paula López, ©Vicente Mateo,
©Carlos Villalobos, ©Susana Rosique, ©Olga Simón,
©Jimmy Villalobos, ©David Bastos, ©Marta Herguedas,
©Miguel Rodríguez, ©Rubén Rojas y ©Fernando Vicente

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Egedsa
Roís de Corella, 12-16, nave 1
Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-9918-279-7
Depósito legal: B. 19.937-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo 1:	Colifatto y el caos	9
	Texto: Santiago Roncagliolo	
	Ilustración: Pablo C. Revidiego	
Capítulo 2:	Madre no hay más que dos	19
	Texto: José Manuel Lechado	
	Ilustración: Siscu Romero	
Capítulo 3:	Cincuenta y tres	28
	Texto: Chus Díaz	
	Ilustración: F. X. Escarmís	
Capítulo 4:	Un dossier y algunas vísceras	40
	Texto: Esther Zorrozuza	
	Ilustración: Sergio Muñoz	
Capítulo 5:	Desterritorializados	48
	Texto: Agustín Fernández Mallo	
	Ilustración: Paula López	
Capítulo 6:	Translocalizados	60
	Texto: Manuel Salvador Rus	
	Ilustración: Vicente Mateo	
Capítulo 7:	Haciendo contacto	70
	Texto: Luis Magaña	
	Ilustración: Carlos Villalobos	

Capítulo 8:	Salto al vacío	79
	Texto: Montse Augé	
	Ilustración: Susana Rosique	
Capítulo 9:	Vidas de medianoche	88
	Texto: David Gambero	
	Ilustración: Olga Simón	
Capítulo 10:	Si sueñas con suficiente fuerza a otro hombre en otra isla	110
	Texto: Cristina Fallarás	
	Ilustración: Jimmy Villalobos	
Capítulo 11:	El día después	120
	Texto: M ^a del Carmen Moreno	
	Ilustración: David Bastos	
Capítulo 12:	Cerrando el círculo	129
	Texto: Fernando Lorente	
	Ilustración: Marta Herguedas	
Capítulo 13:	Trece	142
	Texto: Miguel Ángel Rodrigo Jiménez	
	Ilustración: Miguel Rodríguez	
Capítulo 14:	Cuenta atrás	151
	Texto: Gloria Galeano	
	Ilustración: Rubén Rojas	
Capítulo 15:	El peor día de su vida	163
	Texto: Mauricio de la Fuente	
	Ilustración: Fernando Vicente	

Capítulo 1

Colifatto y el caos

La niña se estrujó las trenzas, como hacía siempre que se sentía excitada, emocionada o simplemente con ganas de ir al baño. Frente a ella, la cola del teatro se extendía interminablemente, pero en vez de aburrimiento, ella sentía una mezcla de expectación y orgullo. Llevaba toda la vida —al menos toda la que era capaz de recordar a sus once años— soñando con los dos grandes momentos en la vida de toda mujer: su primera salida de casa sola y su oportunidad de ver *High School Musical*. Y ahora, ambos sueños se harían realidad en la misma noche.

Bueno, en sentido estricto, no estaba saliendo de casa sola. La delegación de compañeritas del cole constaba de cinco chicas más y dos adultas, pero en la medida en que ninguna de esas madres era SU madre, la niña no las consideraba unas guardianas sino unas amiguitas más, en igualdad de condiciones a ella, y sujetas a las mismas normas de comportamiento, que incluían no pegar alaridos cuando apareciese en escena Zac Efron.

Y tampoco, en sentido estricto, estaría frente a Zac Efron. En algún lugar de su mente, sin duda, la niña era consciente de que el actor que saldría a escena sería un imitador hispano probablemente más barrigón y bajito que su amado Zac. Pero daba igual. Ella estaba decidida a ver a su ídolo estuviera ahí o no.

Así que, cuando se abrieron las puertas y el teatro comenzó a devorar a decenas de niños, centenares de adolescentes y millones de espinillas, la niña sintió que se le franqueaba la entrada al paraíso de las hormonas pubescentes, aunque fuese incapaz de pronunciar, ni tan siquiera deletrear, esas palabras.

Su emoción era tan intensa que incluso sintió las lágrimas rodar por sus mejillas y caer sobre los encajes con que su precavida madre, en un intento por enfatizar su minoría de edad en ese espectáculo de naturaleza abiertamente erótica, había adornado su vestido. Esas lágrimas rociaban de inocencia su despertar a la adultez. Esas gotas en su rostro probaban que ya no era una mocosa, que una nueva vida comenzaba para ella. No eran lágrimas de niña, sino de mujer.

Trató de secarse un poco los ojos para disimular su turbación. Pero para su sorpresa, estaban secos como el cutis de un cocodrilo. Ni sus párpados ni sus hermosas pestañas tenían rastros de líquido, ni siquiera de sudor. De su cuerpo no había salido, al menos en las últimas horas, nada parecido al agua. Entonces ¿de dónde caían esas gotas?

A lo mejor estaba lloviendo. Miró hacia la calle, pero nadie llevaba paraguas en la cola del teatro, ni en la Gran Vía. Y además, las gotas eran calientes. Ahora, algunas caían también sobre su cabeza y sus hombros. Al tacto, eran más cálidas y espesas que la lluvia, parecidas más bien a las de una taza de chocolate a medio enfriar. La niña se miró los hombros y descubrió que tenía el vestido manchado de algo color cucaracha. Pero, ¿qué era ese líquido exactamente?

Presa de la curiosidad, levantó el rostro hacia la marquesina que anunciaba el espectáculo. Lo había hecho miles de veces antes, siempre que iba de compras con su madre por la avenida. Y en cada ocasión había encontrado en la marquesina la promesa de un mundo de música y color. Pero esta vez, al alzar su rostro, en lugar de eso le devolvió la mirada la figura de un hombre contrahecho y retorcido, con el rostro hinchado y un rictus de terror, de cuyo cuerpo caían goterones oscuros como una sopa podrida.

La niña nunca había visto un cadáver, ni había escuchado esa palabra, ni nadie le había dado instrucciones para semejante eventualidad. Pero de manera instintiva, sabía qué hacer.

Gritó tan fuerte, tan larga y tan desesperadamente, que muchos chicos del público salieron a la calle de nuevo, creyendo que sin duda ahí estaba Zac Efron.

. . .

—Yo creo que no vamos a avanzar más, colega.

El teniente detective Fermín Colifatto sintió un vahído. Uno más. El taxista de marras, sin duda un principiante, se había perdido ya dos veces en el camino, prolongando la tortura de escuchar en su radio *La mandanga*. Por supuesto, se había «olvidado» de apagar el taxímetro ambas veces, y lo peor de todo, no dejaba de llamar a su pasajero «colega». A Colifatto no le molestaban la distracción del conductor, ni su informalidad, ni siquiera su evidente voluntad de robarle. Lo que no podía soportar era el desorden. Las cosas tenían que hacerse de la manera en que tenían que hacerse. Cualquier desviación de la norma, cualquier detalle fuera del lugar correspondiente, lo sacaban de quicio. Y en esa calle, a esa hora, todo estaba fuera de lugar. Desde el primer vistazo, Colifatto constató que el tráfico habitualmente insoportable de la Gran Vía estaba mucho peor de lo que cabía esperar en temporada navideña. La calle estaba cerrada a la altura del lugar del crimen, de modo que ya en la plaza de España todos los coches estaban paralizados. Bajo la iluminación de las fiestas, las luces de los automóviles lucían como adornos de un gigantesco árbol de Navidad horizontal. Pero si uno observaba con atención a través de sus ventanillas, rebosaban regalos amontonados, niños en crisis de histeria y padres al borde del suicidio. En suma: más desorden.

«Las familias en Navidad tienen que parecerse a los anuncios de la tele —pensó Colifatto—, no a las bombas de relojería.»

El taxi trató de colarse por un resquicio entre los parachoques, pero un Seat azul le cerró el paso. Desde el volante, un honesto padre de familia le hizo al taxista un gesto con el dedo medio, antes de perderse entre las luces de frenos.

—¿Sabes lo que te digo, tío? —insistió el taxista—, que esta gente no tiene educación, macho. Que es la puta ley de la selva, como toda la puta vida.

El teniente Colifatto pensó que prefería que lo llamasen «colega» a «macho».

—Aquí me bajo —dijo, extendiéndole un billete de veinte al conductor.

El taxista empezó a buscar el cambio en una bolsa en la que Colifatto pudo distinguir el carné de conducir, calendarios

porno, páginas arrancadas de periódicos deportivos, fotos de varios niños (probablemente hijos o hermanos del susodicho), porros a medio fumar, un disco de David Bisbal...

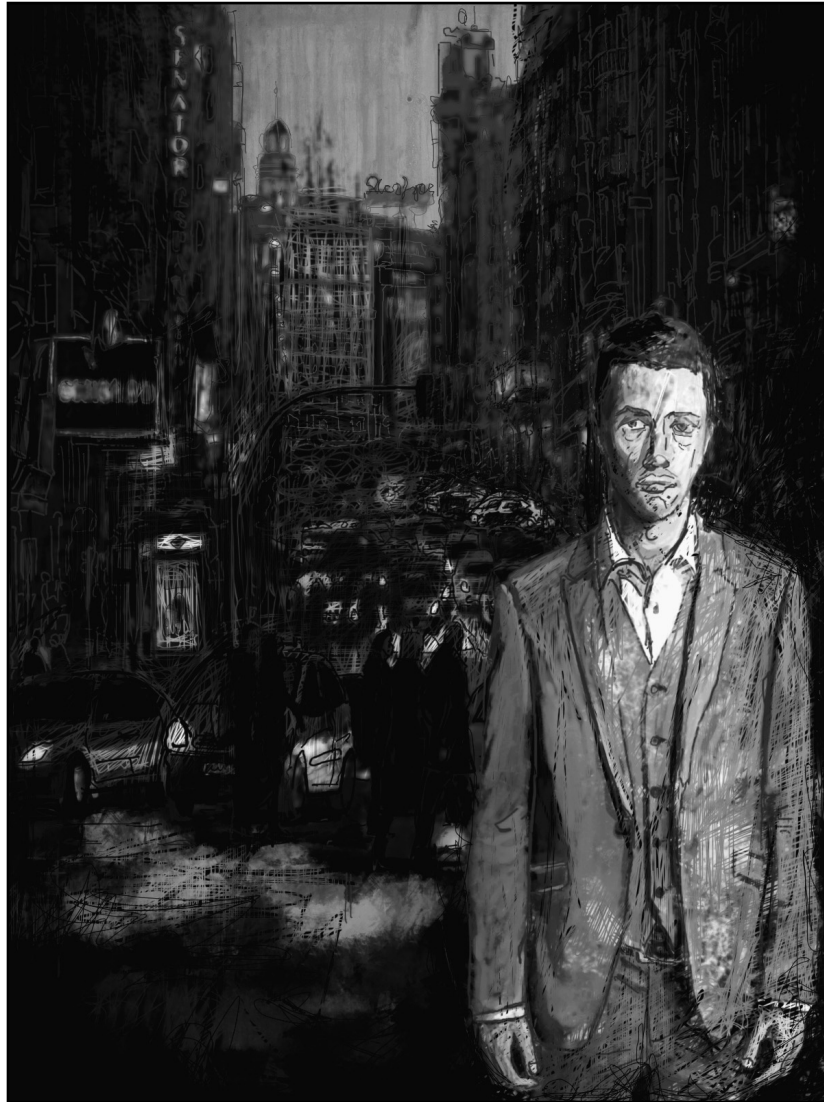
Colifatto se bajó del taxi. No pensaba aceptar nada, ni siquiera dinero, proveniente de semejante caos. Suficiente recompensa era alejarse de la banda sonora de El Fary. Sus oídos necesitaban cuartetos de cuerda o conciertos para piano: piezas musicales milimétricamente calculadas que le hiciesen creer que la vida tenía algún sentido.

Echó a andar entre los automóviles paralizados, bajo el exceso de alegría que la decoración navideña imponía a la calle. A lo mejor su incontenible mal humor de ese día se debía a la Navidad. El teniente Colifatto odiaba la Navidad, porque en esa fecha era obligatorio estar contento, y en cambio a él, le traía recuerdos tristes.

A medio camino entre Callao y la plaza de España estaba el teatro, escenario del crimen, causa del cuello de botella del atasco vial. Ahí, en esa zona liberada de automóviles, la calzada estaba atestada de adolescentes llorosos y de policías que trataban de calmarlos con palmaditas en los hombros y tacitas de chocolate. Colifatto pensó que esa noche todo el mundo estaba enloquecido: Adolescentes en lugar de coches. Llantos en lugar de compras. Policías en actitud de psicólogos escolares. Como si Dios, harto de jugar con estas piezas, hubiese pateado el tablero.

Desorden. Fermín Colifatto tenía máxima sensibilidad ante él: una especie de oído absoluto para las anomalías e irregularidades. Sus compañeros decían que por eso resolvía los casos, porque era capaz de detectar hasta el más mínimo detalle fuera de sitio. Pero él empezaba a sospechar que no era un don sino una enfermedad: en su casa, todos los adornos estaban colocados de menor a mayor; los libros seguían una estricta serie alfabética por géneros y autores; las alfombras y tapices eran blancos, de manera que cualquier impureza pudiese ser detectada y erradicada instantáneamente.

La intimidad de Colifatto se regía por el mismo principio: la decoración de su dormitorio era perfectamente simétrica, con la cama como gran eje divisor y dos mesas de noche gemelas, aunque la verdad, una de ellas no había sido usada nunca. La



Pablo C. Revidiego

obsesión por el orden había arruinado cada posible encuentro sexual de Colifatto. Y es que las invitadas a su casa no podían soportarlo. Cuando, por ejemplo, durante una cena romántica, servía vino, se mantenía en guardia ante su invitada con una servilleta en la mano, listo para salir al ataque de cualquier posible mancha morada en el mantel. Cuando ella iba al baño, Colifatto entraba a continuación para devolver la toalla de manos a la posición correcta y revisar el enrollado del papel higiénico. Si por algún milagro, o acaso por desesperación, alguna chica se entregaba a sus brazos a pesar de todo, Colifatto ni siquiera era capaz de arrancarle la ropa apasionadamente: tenía que retirar cada prenda, doblarla y colocarla encima de la cómoda para evitar arrugas. La mayoría de sus citas terminaban antes de llegar a ese momento. Y las restantes, justo ahí.

—¿Qué pasa, Colifatto? ¿Has venido en burro o te has parado a visitar a tu abuela?

La voz del capitán Quijano lo puso en guardia. Quijano se acercaba con su única ceja de velcro fruncida bajo la calva incipiente. En la mano llevaba un vaso humeante, quizá de café, o quizá sólo de mala leche.

Colifatto sabía que el capitán no lo tragaba. Lo consideraba un cursi, o en el mejor de los casos, un excéntrico, que no decía suficientes malas palabras para formar parte de un cuerpo policial en condiciones. Y desde que Colifatto había llegado a su brigada, había hecho todos los esfuerzos para que lo trasladasen de vuelta a su país. La verdad, a Colifatto no le habría importado alejarse de ese presuntuoso capitán, cuyo máximo objetivo era disimular la calva para los fotógrafos de prensa, pero no quería volver a su país. Si algo tenía claro en la vida es que no volvería nunca. Durante el último año, había ido convirtiendo su cursillo de Inteligencia originario en un programa de intercambio, luego en unas prácticas pagadas, y finalmente en una especie de residencia de trabajo indefinida, estado que pensaba prolongar todo lo posible. En realidad, no tenía un interés especial por Madrid. Le habría dado lo mismo que lo enviasen a Zimbabwe o a Afganistán. Pero volver, ni de broma. Su país, como la Navidad, le traía pésimos recuerdos.

—Buenas noches, capitán.

—¿Ésta es tu idea de unas buenas noches? ¡Llevo una hora aquí con los cojones como dos helados de vainilla esperando que aparezcas!

—Lo siento, capitán. El tráfico estaba imposible.

—El tráfico. Sí, siempre hay una historia que contar. Bueno, ¿qué te parece?

El capitán señaló con el mentón hacia los carteles del teatro. Y Colifatto fue recorriendo el camino con la vista. Primero vio las figuras de chicos saltando, brincando y sonriendo, como burlándose de los chicos reales que lloriqueaban en la acera. Más arriba, entre las letras que anunciaban la representación, estaba la víctima.

Medio cuerpo emergía de la segunda O de «School», sugiriendo que en el interior estaba la otra mitad. La parte visible, en todo caso, estaba bastante maltratada. La cara debía de haber sido acuchillada con un arma, y aunque sólo quedaba de ella una masa sanguinolenta, con los ojos vaciados de sus cuencas, podía adivinarse la expresión de terror que la había sobrecogido en el momento final. Las manos estaban abiertas, con los dedos crispados, como las ramas de un árbol en invierno.

—Deben de haberlo arrojado desde alguna ventana —dijo Quijano—. He mandado dos agentes a preguntar en el edificio.

—No hace falta —replicó Colifatto—. Eso es imposible.

—¿Ah, no? —se enfadó el capitán—. ¿Y entonces de dónde coño cayó el cadáver, señor Premio Nobel de Física?

—La marquesina no está rota encima del cuerpo. De haber caído desde arriba, habría abierto una brecha hasta la O. Pero no. Simplemente, entró desde atrás.

—Pero, ¿qué dices? ¿Que alguien le disparó con un cañón?

—Lo he pensado, pero hay poco espacio detrás. Simplemente, alguien colocó el cuerpo ahí.

El capitán Quijano iba a responder algo, pero en ese mismo instante, dos policías subidos a una escalera trataban de bajar el cadáver a tierra con tan poca destreza que el cuerpo se les resbaló de las manos y cayó al lado de un par de niñas con camisetas de los Jonas Brothers. Las niñas acababan de ser reanimadas tras una crisis de histeria, pero la caída del muerto arruinó el eficiente trabajo del servicio médico.

—¡Cagüen...! ¿No podéis ser un poco más inútiles?

—gritó Quijano, tratando de sobreponerse a los gritos de las niñas. Se olvidó de Colifatto y se apartó en dirección a la escalera.

El teniente detective, ya a solas con sus pensamientos, tuvo un mal palpito. Desde algún lugar de su pasado, un recuerdo se abrió paso hasta el presente. Ese *modus operandi* le resultaba familiar. Más aún, todo en este caso le resultaba incómodamente personal. El cuerpo fileteado y colocado en un lugar escandalosamente público. La temporada navideña. Ya había visto todo eso, de hecho, precisamente huyendo de eso había terminado en España. Este caso tenía que ver con él, con Colifatto, y con las cosas que llevaba un buen tiempo tratando de olvidar y que ahora venían a buscarlo.

Alertado por el mal presentimiento, Colifatto se adelantó hacia el capitán, que examinaba a la víctima con más detenimiento. El cadáver había caído sobre la acera, y los chicos de cuatro metros a la redonda habían sido evacuados, sobre todo en dirección al baño.

—Capitán... —dijo Colifatto.

—Si ya sabía yo que no se podía confiar en estos gilipollas. Cuando lleguen los forenses, nos van a montar un follón.

—Eeh... Capitán...

—A lo mejor no le ha pasado nada. ¿Crees que está torcido por la caída o que ya lo estaba desde antes? En todo caso, tú calladito. No quiero ni una palabra.

—Capitán, quiero que me releve de este caso.

El capitán tardó unos segundos en digerir sus palabras. Colifatto lo supo porque su entrecejo se volvió a fruncir. Esa mata de pelo uniforme era como el botón «Enter» de una computadora.

—¿Qué me has pedido?

—Creo que no soy la persona adecuada para esta investigación. Excede mis posibilidades. Le agradezco su confianza pero no es necesaria.

Ahora, el capitán Quijano alzó su monoceja, tanto que casi tocaba el inicio de su bastante retrasada línea capilar.

—Ni de coña —respondió de modo oficial.

—Pero, capitán...

—Ya sé lo que quieres oír: que eres bueno. ¿Quieres que te

lo diga? ¿Quieres aprovecharte de que me pillas desesperado para que te lo diga? Pues venga, eres cojonudo. De hecho, eres el único detective en condiciones de la brigada. Eres raro de cojones, das mucha grima, y en condiciones normales te despacharía encantado. Pero como habrás notado, en esta brigada no hay mucha gente capaz de caminar y mascar chicle al mismo tiempo.

—Creo que subestima usted a mis compañeros... —trató de discutir Colifatto, pero en ese momento, uno de los agentes tropezó con el cuerpo que yacía sobre la acera y cayó al suelo. Dos o tres policías se echaron a reír a su alrededor.

En efecto, el grupo de investigaciones que dirigía el capitán Quijano era conocido en el cuerpo como El Arca de Noé. Quizá por estadística, quizá por odio de algún superior, acaso por simple casualidad, ahí terminaban todos los graduados de la escuela que mostraban déficits de comprensión, los menos cualificados, los expulsados de otros grupos del cuerpo, en suma, los intelectualmente desatendidos de la mano de Dios. Colifatto lo intuía desde hacía tiempo, pero no creía que fuese una situación tan explícita y, sobre todo, no quería considerar la posibilidad de ser él uno de ellos. Sin embargo, ya lo había dicho Quijano: Colifatto era raro, no tanto como para ser tonto, pero sí lo suficiente para parecerlo. A lo mejor por eso le había resultado tan fácil conseguir una plaza bajo las órdenes del capitán a pesar de ser extranjero. En cierto sentido, en su brigada, todos eran extranjeros. Todos venían de un planeta distinto, de una dimensión desconocida.

Aún así, Colifatto no pensaba enredarse en este caso. No otra vez.

—Verá usted, capitán —insistió—. Hay algo de mi pasado que no le he contado y que quizá debería saber...

—Si me vas a decir que eres gay, ya me lo imaginaba. Pero ahora concéntrate en el trabajo.

—No creo que pueda, señor... De verdad.

El capitán Quijano se puso muy nervioso. Su calva enrojeció visiblemente, incluso bajo la luz de los coches policiales. Dejó encargado el cadáver al primer policía que encontró ajeno a su brigada y llevó a Colifatto a la platea del teatro, donde nadie podía verlos. Los teatros le resultaban reconfortantes a Co-

lifatto, con todas sus sillas en orden y sus alfombras rectas. Pero parecían menos amables ahora que esperaba una dura reprimenda, una larga ráfaga de insultos castizos, una serie de gritos destemplados.

Y sin embargo, para su sorpresa, lo que Quijano le tenía preparado era una súplica:

—Venga, Colifatto, soy tu superior, no me obligues a humillarme. Tenemos un cadáver en la Gran Vía, esto va a tener mucha publicidad. Ya sé que tú y yo no nos llevamos bien, pero si tenemos éxito ahora, las cosas pueden cambiar. Seguro que sabes los chistes que cuentan sobre nosotros en todo el cuerpo, Colifatto. Vamos a cerrarles la boca, tío. Por favor. Esto no es sólo una cuestión de obediencia debida. Es una cuestión de honor. Y sólo tú puedes afrontarla.

Colifatto no supo cómo responder. Estaba tan acostumbrado a los desprecios del capitán que no sabía cómo encajar sus elogios. Quijano continuó:

—Además, alguien ha solicitado tu presencia explícitamente. Y es alguien a quien no puedo negarme.

—¿Alguien? ¿Quién?

Pero Colifatto no necesitaba una respuesta para eso. Llevaba sospechándolo desde que vio el cuerpo en la marquesina. Era alguien a quien había jurado no volver a ver, pero que ahora volvía a su vida, como si no pudiese escapar de ella ni siquiera a un océano de distancia. De hecho, el capitán no tuvo que responder. En ese momento, desde algún lugar por encima de sus cabezas, sonó una voz de mujer, aterciopelada pero amplificada por la acústica del lugar, una voz que removió al teniente Colifatto hasta los tuétanos.

—Hola, Fermín. Cuánto tiempo sin verte. ¿Me has echado de menos, querido?

En la banda sonora mental del teniente detective, comenzó a sonar la Quinta Sinfonía en C menor de Ludwig van Beethoven, una premonición de la catástrofe. Colifatto se volvió lentamente, deseando hasta el último instante no ver lo que iba a ver. Pero ahí arriba, precisamente en el escenario del teatro, estaba su pasado, que había venido a cazarlo.

Capítulo 2

Madre no hay más que dos

—**H**ola, madre...

Lo de «madre» lo soltó el detective con un deje irónico que, no obstante, se le perdió en algún lugar de la garganta. El saludo sonó más patético que despectivo, y quien desconociera la verdadera relación entre ambos, como le ocurría al capitán Quijano, podría pensar que había afecto en sus palabras.

Ahí estaba ella: María Fernanda Gambazza Aguirre, inspectora de la Sección n° 17 de la Policía Metropolitana de Buenos Aires, departamento de Investigaciones de Delitos Complejos y, casualmente, segunda esposa del padre biológico de Fermín, Girolamo Colifatto, emigrante genovés por accidente (él quería ir a Nueva York, pero se equivocó de barco —uno de esos errores que te cambian la vida, de los cuales Girolamo cometería muchos).

Todo cambió el año en que Fermín Colifatto cumplió diez años. Su padre trabajaba en una oficina del barrio y su madre, la auténtica, era una hacendosa ama de casa que cuidaba con mimo a su único churumbel. La muerte accidental de Susana, que así se llamaba, desbarató el ordenado mundo del pequeño Fermín, pero aún más el de su padre. Porque, dramas aparte, la familia entera (reunida en Buenos Aires al cabo de años de sacrificios) supo entonces que el honesto señor Colifatto, con sus aires de mosquita muerta, había mantenido una larga relación adúltera con una mujer policía más joven que él, a la que instaló en casa una semana después de las exequias de Susana.

Fermín nunca la aceptó y para él la palabra «madre» tomó a partir de entonces un tinte de insulto que al capitán podría pasarle desapercibido, pero no a María Fernanda.

—Hola, hijito —le devolvió la pelota—. Cuánto tiempo...

La agente de investigación bonaerense era aún una mujer de buen ver. De hecho, parecía más joven que Fermín y su aspecto era mucho más saludable. Con su elegante atuendo, en medio del patio de butacas, entre su hijastro y el desaliñado capitán Quijano, tenía los aires de una dama clásica rodeada de vagabundos. Con sus zapatos de tacón, su falda estrecha y una espesa cabellera negra, resultaba más que atractiva.

—¿Qué hacés aquí? —preguntó Colifatto, cada vez más alterado, dejando escapar el acento porteño que procuraba disimular desde que estaba en España—. Capitán...

No obtuvo respuesta. Quijano podía ser torpe, pero no tonto, y había experimentado la natural desazón que surge en uno cuando las relaciones humanas no encajan en el tópico previsto. María Fernanda, profesional ante todo, tranquilizó al heroico funcionario mientras dejaba vagar la mirada por el escenario —nunca mejor dicho— del crimen.

—Ya le contaré, capitán. Centrémonos en los hechos.

Colifatto trató de ordenar sus pensamientos, concentrando la mirada en la brillante calva del capitán, volviendo al pasado. Su madrastra, a diferencia de su madre, era una mujer activa, moderna, trabajadora y no muy dada a perder el tiempo en las tareas del hogar. El ordenado mundo del pequeño Fermín, estudiante aplicado de primaria, se convirtió pronto en un caos de comida rápida y fría, pilas de platos sucios y grandes bolas de pelusa bajo la cama que parecían tener vida propia. El desorden de la propia Buenos Aires quizás hizo germinar en él, todavía niño, la impresión de que algo había fallado en los planes de Dios para la creación. Así pues, al tiempo que desarrollaba una personalidad un tanto patológica con respecto al orden, se convirtió en un descreído que se juró no seguir nunca los pasos de unos progenitores indignos. «Usted aprendió de la vida por negación», le dijo una vez un psicólogo uruguayo que no le liberó de ninguno de sus traumas.

Ni tampoco de las paradojas. Pese a su juramento, diez años más tarde, siguiendo los pasos de su aborrecida madrastra, in-

gresó en la Policía Metropolitana. No por vocación sino porque fue el mejor empleo que pudo encontrar y el único en el que admitirían sin tapujos a un maniático refractario a todo tratamiento de la muy celebrada psicología rioplatense.

—Capitán, ¿por qué está ella aquí? —Colifatto rompió el silencio del teatro tratando de acallar su propio ruido interno—. No deseo este caso, pero menos aún tener que trabajar con ella.

—Fermín, hijo, tú siempre tan terco.

—¡No me llames hijo!

—En realidad, detective —interrumpió el capitán, al que las disputas familiares producían ardor de estómago—, es una suerte que su... que la señora Gambazza...

—Inspectora... —apuntó María Fernanda con rapidez.

—Joder, eso quería decir. —El capitán se frotó la calva con la mano derecha y contempló con una mezcla de admiración y asco el brillo de su propio sudor—. Es una suerte para nosotros poder contar con la inspectora, coño. Es obvio que este caso guarda paralelismos con otros sucesos que les son familiares. Nos será de gran ayuda si...

—Es un cadáver incrustado en una O gigante —sentenció Colifatto lanzando palabras como una picadora de carne—. Ocurre todos los días. Es... consustancial a esta civilización. No sé qué paralelismos pueden ver en... en todo esto... con aquello.

De nuevo el pasado. Los crímenes del ojo de buey. Años atrás. Fue el primer caso importante de Colifatto. El único, en realidad —hasta el momento—, realmente importante. Y el primero en el que le tocó trabajar codo a codo con su madrastra. De hecho, fue ella la que le hizo llamar de la División de Tráfico. A pesar de sus rarezas, María Fernanda sentía cierto cariño por el anormal que le había tocado en suerte como hijo sobrevenido. La insistencia del padre, que veía a Fermín rellenando formularios de por vida, también tuvo algo que ver. Pese a sus manías, era un joven inteligente, y en la división investigadora tal vez podría hacer algo útil.

El agente Colifatto demostró entonces, contra toda previsión, poseer una extraordinaria capacidad para la investigación, a pesar de su flojera de estómago ante la sangre. Tal vez

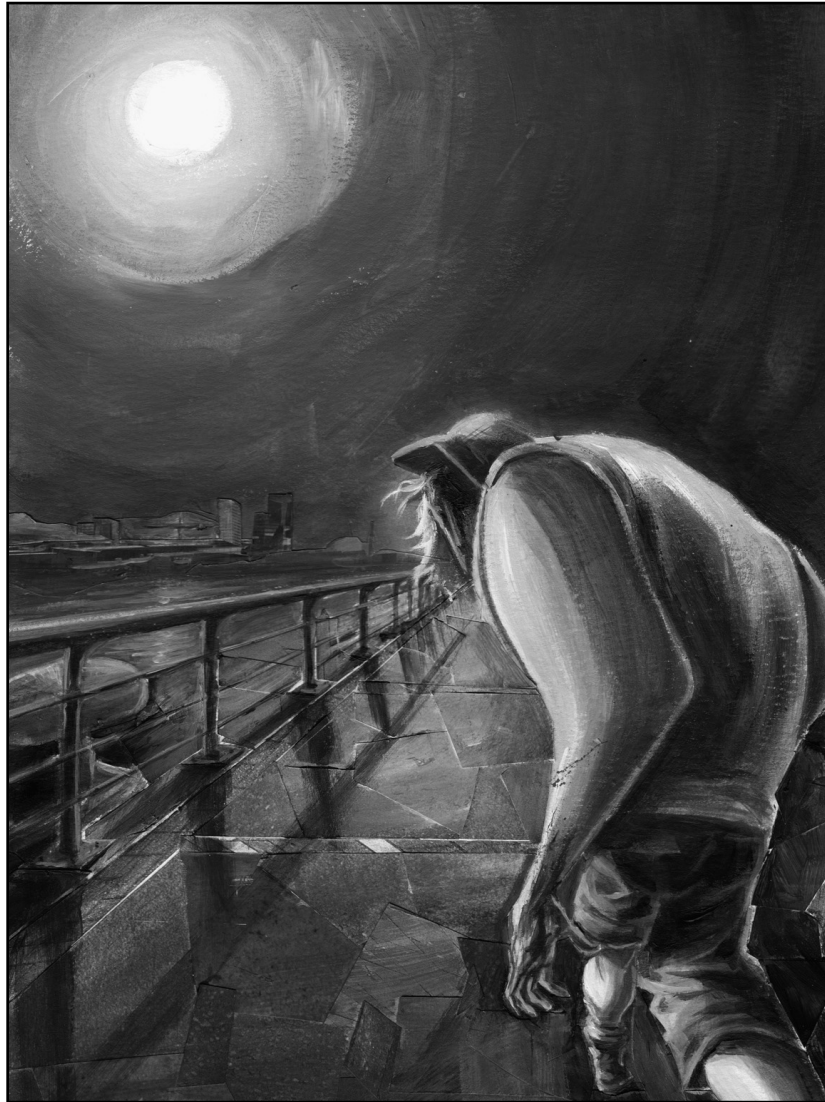
fuera su carácter metódico unido a una mente discursiva que valoraba todas las posibilidades. El «asesino del ojo de buey», como le apodaron en el departamento, seguía siempre el mismo procedimiento: secuestraba a su víctima sin, al parecer, preferencias específicas, como en una especie de lotería de la mala suerte. Tras dejar inconsciente al desafortunado, lo trasladaba a algún lugar, donde tallaba todo su cuerpo y su cara con una cuchilla, desangrándolo casi hasta la muerte. Entonces, con el aliento postrero pendiente de un hilo, trasladaba a la víctima a la zona portuaria y lo incrustaba en el ojo de buey de algún barco, medio cuerpo fuera, medio cuerpo dentro. Y allí quedaba expuesto en la penumbra de las dársenas —el asesino siempre actuaba de noche— hasta que soltaba su último suspiro en un lento goteo de vida.

Una característica llamativa de su *modus operandi* era que, lejos de lo que podría imaginarse, el criminal no buscaba la seguridad de los muelles desiertos. Por el contrario, prefería el bullicio del puerto deportivo o los muelles donde atracaban los ferrys que cruzaban, y cruzan, el Río de la Plata, siempre concurridos. El asesino parecía experimentar un gusto morboso por exponer su trabajo a la opinión del público. Colifatto estaba seguro de que, en el momento del hallazgo del cuerpo inerte, el asesino siempre estaba cerca, al acecho, comprobando la reacción de los espectadores, moviéndose en la frontera resbaladiza que separa el horror de la fascinación ante la muerte y la violencia.

—En mi opinión, Fermín —dijo la inspectora—, está repleto de paralelismos. Es evidente que el homicida ha venido siguiéndote. ¿No es paradójico?

¡No! ¿Qué tenía de paradójico? Jugaron al ratón y al gato durante meses, y el asesino supo enseguida que tenía en Fermín a su mejor crítico. Colifatto llegó a las primeras conclusiones apenas fue informado de los detalles: el asesino del ojo de buey no podía ser un marinero, deducción a la que se había llegado de manera precipitada en las diligencias previas.

«Los marinos sienten un respeto religioso por los barcos en los que navegan y no les gusta mancillarlos con sangre —había dicho—. Esto es distinto. El tipo, sin duda, conoce muy bien el puerto, y para trasladar los cuerpos desangrados y aún con



Siscu Romero

vida debe de ser un hombre fuerte y corpulento. Pero carente del escrúpulo supersticioso de los buenos marinos.»

La hipótesis de un estibador pronto tomó forma, sobre todo teniendo en cuenta los numerosos conflictos del gremio con la autoridad portuaria. Un trabajador psicópata que deseara desacreditar a sus patronos no era una mala opción. Mataba dos pájaros de un tiro. Sin embargo, había algo demasiado obvio en esta posibilidad, y las pesquisas por este camino no llevaron, valga la obviedad, a buen puerto. De lo que sí estaba seguro Fermín Colifatto era de una cosa: el criminal tenía que ser albino. Su insistencia en actuar de noche no respondía al deseo de ocultarse, puesto que luego depositaba los cuerpos en lugares nada solitarios. La posibilidad de que el asesino simplemente padeciera una gran intolerancia a la exposición al sol se reforzó cuando en varios de los cuerpos se encontraron pelos blancos (pero no canas), cuyo ADN no pertenecía a las víctimas ni, tampoco, a ningún delincuente, al menos a ninguno fichado.

El sonido de las sirenas en la Gran Vía devolvió a Colifatto al presente.

—Está bien, estoy dispuesto a admitir ciertos paralelismos —concluyó al fin—. La O no es un ojo de buey, pero en Madrid no hay barcos, claro. Capitán, ¿qué sabemos del difunto?

Todos los asesinados en Buenos Aires eran extranjeros. Fue un punto de partida que dio a Colifatto una clave sobre la posible naturaleza del homicida. Los extranjeros abundan en una gran ciudad portuaria, como también abundan en Madrid.

—De momento no gran cosa —respondió algo azorado el capitán—. El cadáver no llevaba documentación. Uno de nuestros hombres ha dicho que en lo alto de la marquesina había una cartera, pero no han podido recuperarla. La han visto desde una de las ventanas del edificio.

—Si han bajado el cadáver, ¿qué les impide recuperar la cartera? —interrumpió María Fernanda—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Inspectora, lo del cadáver fue sencillo: sólo había que tirar de los brazos y dejarlo caer, pero la escalera no es lo bastante alta, y ninguno de mis hombres es lo bastante ágil como para auparse a la marquesina y luego volver a bajar sin caerse.

Estamos esperando a que lleguen los bomberos, pero con el atasco que hay...

—Capitán, es posible que haya una trampilla de mantenimiento dentro del edificio. La marquesina tiene instalación eléctrica, habrá que limpiar de vez en cuando el polvo que se acumula, poner carteles nuevos cuando cambien de espectáculo, etc. —apuntó Colifatto.

—Vaya, no se me había ocurrido.

Madrastra e hijastro, pese a sus diferencias, intercambiaron una mirada de inteligencia, pero la comunión apenas duró un segundo. Y no porque se impusieran los viejos recelos, sino porque en ese momento entró en el patio de butacas un agente uniformado visiblemente nervioso:

—¡Jefe! ¡Tenemos un posible testigo!

—Navarro, lo que tenemos es trabajo. —El Capitán conocía muy bien a sus subordinados y su deseo a veces excesivo de agradar sin ton ni son.

—Jefe, que es en serio, que hay un testigo.

—Más te vale que sea algo serio, si no quieres volver a encargarte del tráfico, Navarro.

—Si ya hago eso en mi horario de mañana.

—Es verdad. Tengo que cambiar el repertorio de amenazas. ¿Quién es?

—Es una niña pequeña, de las que estaban esperando en la cola. Fue la primera en ver el cadáver. Hemos estado interrogándola aprovechando el estado de shock de la madre. Al principio no nos dijo mucho. Estaba histérica, pero...

—Pero, ¿¿qué?!

—Dice que había alguien más arriba. Que pudo verle bien.

—¡Tráigala ahora mismo! —ordenó el capitán Quijano, cada vez más satisfecho. Por un momento sintió que la acidez se le deslizaba esófago abajo, como por un tobogán orgánico.

—Sí, jefe, a sus órdenes. ¡Ah!, hay algo más.

—¿Qué?

—Un líquido que goteaba de la marquesina le manchó el vestido. En realidad fue eso lo que le hizo mirar hacia arriba. Al principio pensó que era sangre, y nosotros lo creímos también, pero al mirarlo con más detenimiento está claro que es otra cosa.

—¿Y qué es, Navarro, si puede saberse? —el flujo gástrico del capitán experimentó una ligera variación al alza.

—No tenemos ni idea. La policía científica está atrapada en el atasco. Pero no se preocupe. Tenemos la prueba a buen recaudo para su análisis.

—De acuerdo, ha hecho muy bien, Navarro. Ahora haga venir a la niña, por favor.

El agente Navarro hizo un amago de saludo militar y, tras usar la misma mano para recolocarse los huevos en el prieto pantalón de su uniforme imitación del SWAT, salió disparado hacia el mundo exterior. La puerta de vaivén, al abrirse, dejó entrar el barullo callejero, aumentado de volumen y cargado de frío.

Un segundo después regresaba al interior del teatro, llevando de la mano a la pequeña, una cría en bragas y camiseta, llorosa y mal cubierta con una guerrera policial. Al capitán Quijano le reventó la acidez como si fuera el Vesubio y la calva se le perló de un sudor corrosivo.

—Joder, Navarro, ¿cómo se le ocurre? Devuélvale el vestido a la cría, por Dios.

—Jefe, que es una prueba.

—¡Tome una muestra de líquido del suelo, imbécil! ¡Muévase!

Navarro, confuso, se ajustó la gorra y volvió a salir por donde había venido, dejando a la niña sola frente a los tres desconocidos. La inspectora Gambazza fue la que rompió el silencio.

—Tranquila, pibita, enseguida te traen tu bonito vestido. Sentate aquí, andá.

La niña pareció extrañarse ante el acento de la mujer, pero su tono de voz y la promesa de recuperar su ropa la tranquilizaron. El capitán Quijano se sobrepuso a sus males gástricos y se acercó a la pequeña. Colifatto miraba la escena con una tensión mal disimulada. Una niña medio despojada de su ropa y haciendo pucheros era algo a años luz de su idea de un universo ordenado.

—Bueno, no te preocupes, cielo. Estás a salvo. ¿Cómo te llamas?

—Rosa...

—Muy bien, Rosa. Esto es muy importante, así que tranquila, y tómate tu tiempo. ¿Puedes contarnos lo que has visto?

En la Gran Vía continuaba la vorágine. Ajenos a la tragedia, miles de madrileños y turistas se apresuraban a hacer sus últimas compras. La arteria central madrileña y las calles adyacentes eran un hormiguero petrificado de automóviles. Hacia la plaza de España y hacia la calle de Alcalá, la corriente de coches parecía un monumento ruidoso al fracaso de una civilización. Algunos viandantes se paraban a mirar el manchurrón de sangre o de lo que fuera que goteaba de la gran O, pero los morbosos eran pocos: demasiada prisa y demasiada policía intentando dispersar el gentío.

Muy cerca de allí, en la calle Silva, en un bar decorado con motivos marineros y un gran ojo de buey en su fachada, un hombre apuraba una copa de aguardiente. Su espalda, ancha, cubierta con una cazadora de color azul, recibía a cualquier improbable visitante del tugurio. Bajo una gorra inadecuada con el logotipo de un equipo de béisbol de Florida, asomaba una mata de pelo blanco y fino. Su rostro se ocultaba en la casi tiniebla de la barra, pero su sonrisa, pulida por el aguardiente, reflejaba su brillo en las botellas polvorientas de un bar que se había equivocado de ciudad.